

Michel Foucault y Paul Ricoeur: dos enfoques del discurso



El discurso es un tema que ha interesado a lingüistas, sociólogos, filósofos y políticos, entre otros profesionales. El empeño en analizarlo e interpretarlo para otorgarle un sentido ha dado lugar a diversas teorías. Paul Ricoeur y Michel Foucault no son ajenos a la problemática discursiva. Ambos plantean un análisis del discurso a partir de diferentes aristas, de las cuales una no es mejor que otra; antes bien, son formas de estudiar y entender el discurso.

Para Ricoeur, el discurso es una dialéctica de acontecimiento y sentido, de proposiciones y de referente. El referente es la base ontológica para poner en común el mundo de la vida. Por eso, Ricoeur intenta superar la concepción hermenéutica romántica¹ de Schleiermacher² y Dilthey,³ que plantea el axioma: “comprender al autor mejor de lo que él se comprende a sí mismo” (Ricoeur, 1995: 37). Pero pensar que ya se entendió un texto es no haberlo entendido, es ser injusto con él. Por lo que Ricoeur manifiesta que la hermenéutica de la sospecha debe llevarse al extremo para estar consciente de que no existe un solo sentido en el texto. La hermenéutica señala a una ontología, a un sentido del ser. Apela a la intencionalidad del sujeto hablante y al sentido de la oración teniendo como base el retorno del sentido al sujeto. Esto es, un sujeto (intérprete), al situarse frente a un texto, no sólo reconstituye la subjetividad depositada por el autor, sino que también

- 1 El Romanticismo es una respuesta al Neoclasicismo, al racionalismo ilustrado. Apela a los sentimientos, de ahí, su énfasis en la interpretación psicologista y su discusión con Kant. Para Kant el hombre es libre por su razón. Ésta orienta la elección al deber ser. Las pasiones, los instintos, no convienen al ‘imperativo categórico’.
- 2 Para Schleiermacher, el trabajo hermenéutico debe partir del malentendido y atravesar por dos procesos: el gramatical y el psicológico. El primero revisa el texto en su lenguaje; el segundo, los sentimientos, la intencionalidad del autor.
- 3 Según Dilthey, toda interpretación de textos está relacionada con lo histórico. Él sostuvo que las ciencias del espíritu eran objetivas; pero se le cuestionó que si eran ciencias a la par de las naturales y cuál era su objeto de estudio. En respuesta al cuestionamiento argumentó que el espíritu objetivo cobra existencia en el texto, en una institución, en una cultura.

se comprende y se proyecta en el análisis interpretativo para colocarse como sujeto intérprete. Así pues, el sujeto se constituye como entidad autónoma que no sólo se comprende a sí mismo, sino que también explica el mundo del texto de acuerdo a su 'estar en el mundo'. En este sentido, el intérprete no es un mero reflejo de la subjetividad creadora o de un garante de conocimiento.

Por su parte, Foucault entiende que la materialidad del discurso obedece a un *a priori* histórico que le ha dado vida. El sujeto hablante es excluido de la transformación del discurso, ya no es quien constituye la realidad y la dota de sentido. Ahora esta tarea ha quedado en manos de las prácticas discursivas, que crean los objetos y los sujetos, y otorgan sentido al mundo a partir del entrecruzamiento, de la oposición, del vacío en el que se articulan los discursos. Por tanto, el mundo y los objetos no existen en el enfoque de *Las palabras y las cosas* y, menos aún, el sujeto como garante de conocimiento. Éste es desplazado a una pluralidad de modos de ser sin que participe de la realidad de la que forma parte.

Ricoeur se propone reforzar el antiguo análisis platónico y aristotélico del discurso, pero aclara que no es un retorno a lo mismo, ya que lo hace desde la perspectiva moderna. En el *Crátilo* de Platón se expresa que el nombre no agota la función del habla. El error no pertenece en sí mismo a la palabra, sino a la unidad enunciativa (la oración). De tal suerte, el discurso es objeto del error y la verdad. El análisis del discurso realizado por los griegos no tiene importancia para la lingüística moderna, la cual trata de abandonar el problema del discurso tomando como base la estructura y el sistema, para descartar su estudio como lenguaje. Ello obedece a los postulados planteados por el lingüista suizo Ferdinand de Saussure.

Saussure distingue entre *langue* y *parole*. Por la primera entiende un conjunto de códigos, por medio de los cuales el hablante produce *parole*. Mensaje y código no son estructurados al mismo tiempo en un contexto determinado. El mensaje es individual e intencional, en tanto que el código

pertenece a un contexto contemporáneo colectivo que no es intencional, pero sí sistemático. Los postulados de Saussure sirvieron de apoyo para reafirmar el modelo estructural. Él sostiene que en el sistema son localizables los mensajes, los cambios, pero en éstos no se localiza el sistema. No obstante, el modelo estructural apela al 'conjunto finito de entidades discretas'; es decir, las entidades lingüísticas son concretas, aluden a un objeto determinado, aunque no tienen un significado propio. Su sentido depende o es precedido por el sistema.⁴ Puede existir entre cada entidad de signos una oposición diferencial pero no sustancial. De lo contrario, puede modificarse el sentido del sistema, lo cual no es posible para el modelo estructural, ya que el sentido de las entidades es inmanente al todo. Por lo tanto, el sistema no tiene una relación externa con la realidad: es por sí y para sí, es su propio mundo, el cual no está dirigido al sentido de la vida que es posible captar en el mensaje o en el lenguaje intencional. El lenguaje entendido como horizonte de vida es absorbido por el sistema y abandonado como problema de discurso. Por eso, Paul Ricoeur se propone distinguir entre semántica, ciencia de la oración, y semiótica, ciencia de los signos. Para tal efecto, echa mano de la lingüística de la oración, de la fenomenología del sentido y del análisis lingüístico acuñado por la escuela filosófica angloamericana.⁵ A este conjunto de unidades sintéticas lo denomina 'dialéctica del acontecimiento y sentido' en el discurso.

El discurso, como desplegamiento del lenguaje, acontece la vida y le otorga sentido. Siendo así, el mensaje precede la existencia del sistema; es un acontecimiento real, le da vida al lenguaje y conserva su contenido proposicional. Es decir, puede ser identificado cuantas veces sea posible y expresado de manera distinta; mientras que el sistema es virtual, no existe. Considerado el discurso como acontecimiento, éste no excluye al sujeto en la proposición. En *Tiempo y narración* (2009), Ricoeur manifiesta que: 1) un texto es la pre-comprensión de un mundo común; 2) el texto

4 Para Habermas el mundo de la vida no queda sepultado con los conceptos o las teorías.

5 La filosofía angloamericana, mejor conocida como filosofía analítica, se auxilia de la lógica formal y del análisis del lenguaje para dar claridad a la argumentación. Después de que se puso en tela de juicio el valor de la metafísica, los filósofos analíticos se preguntaron por el objeto de la filosofía y decantaron en el análisis del lenguaje. Conscientes de que no hay verdades específicamente filosóficas, asumieron que el rol de la filosofía era analizar y aclarar de forma lógica el pensamiento.

es suspendido temporalmente de su referente y del mundo de éste; y 3) la suspensión es necesaria para que la obra no se cierre sobre sí misma y se abra a otra posibilidad, a un segundo referente que sería el intérprete. Con esta propuesta, ya no tiene prioridad el lenguaje sobre el habla, ya que el sujeto individual y el predicado universal se entrelazan para darle movimiento al lenguaje, el cual actualiza 'lo ya dicho', el discurso, y da paso a la dialéctica de sentido. De esta forma, según Ricoeur, es posible la transición de *langue* a *parole*, ya que el discurso es creado en un espacio y tiempo determinados. La actualización del discurso supone una síntesis. El predicado se identifica con el sujeto y ambos son abstraídos en el sentido o significado. Entonces, lo que está en juego en el discurso como acontecimiento transitorio es la comprensión del sentido, del significado.

Tener como objetivo el sentido del discurso remite a considerar dos interpretaciones del término: a) el significado designado por la propia oración y b) la intencionalidad del interlocutor al apropiarse el discurso. En el primer caso, el acercamiento al texto está enfocado en saber de qué habla, cuál es el mundo que pone en común; en el segundo, el lector se comprende a sí mismo al dejar que el texto salga de sí y se autoconstituye como referente. De cualquier forma, toda síntesis de sentido predicativa debe remitirse al acontecimiento verbal, es decir, al sujeto que habla.⁶ Así, la autorreferencia del discurso opera en diversos niveles —tiempos verbales, adverbios, demostrativos— y todos ellos hacen referencia al interlocutor, quien es la causa del acto locutivo (lo expresado), ilocutivo (compromiso de hacer lo expresado) y lo perlocutorio (consecuencias de la acción). En esta dialéctica el acontecimiento y el sentido se articulan, porque todo discurso está dirigido a un objeto, a un sujeto. Aunque la experiencia de cada sujeto individual no puede ser transferida o vivida de la misma forma; lo que posibilita el acto alocutorio es que delante de la experiencia privada hay un significado que permite poner en común las formas de captar el mundo. Entonces, la experiencia se conserva en su privacidad y lo comunicado es su sentido, su significado.

El discurso cobra relevancia en la relación dialógica entre el hablante y el oyente. Ambos se preguntan y se responden.

6 Ricoeur no está de acuerdo en la reflexión pura de la conciencia. La conciencia (yo) genera el conocimiento, pero según Ricoeur esto es ilusorio. La conciencia y el pensamiento deben apelar a las expresiones empíricas, a los signos.

El dinamismo del lenguaje obedece al diálogo, el cual no es gratuito, su función es señalar o hacer evidente 'algo'. Asimismo, en el intercambio de acontecimientos verbales se reduce la polisemia de las palabras y éstas se enfocan en lo que se desea hacer saber. El trabajo de encasillar el discurso en un sentido no resulta en primera instancia un éxito. Antes de ello se da lugar a malentendidos que son aclarados y sintetizados para integrar un sentido. Un discurso trata de evitar la pluralidad de sentidos, por eso su análisis es remitido a su contexto y al sujeto que lo expresa. Así se tiene que el discurso, el texto, posee una dimensión semiológica, pero también, al ser leído, al dársele un significado, es un campo semántico. El sujeto a través del acontecimiento ilocutivo quiere producir un efecto mental en el otro, desea hacerle saber cuál es su intención al hablar. La diferencia entre el acto ilocutivo y el perlocutorio radica en que el primero busca producir un efecto y el segundo tiene como misión inducir a actuar una vez causado el efecto. Entre ambos sucede una interacción de intencionalidades. Éstas son formas de 'estar en el mundo' y, en este sentido, el lenguaje despliega la ubicación del sujeto en la aprehensión de la vida, que es comunicada, develada por el lenguaje. En el acontecer de la vida, por medio del lenguaje, el querer decir es proyectado como significado y como referente. Su rol de tener un sentido en la oración le otorga un carácter objetivo; mientras que en su función de referente⁷ establece la conexión con el mundo; es la parte subjetiva. Sin embargo, lo subjetivo-objetivo no agota el sentido de lo que ilumina el lenguaje. El sistema como entidad virtual que apela a la semiótica está contenido en la semántica, pues ésta es la posibilidad de que significante y significado tengan una referencia con el mundo exterior y no sean mera representación. Sucede, entonces, que la semántica relaciona el sentido de la proposición con el mundo de la vida. En tal unión el sujeto hablante es el punto de encuentro de ambos.

7 Para Wittgenstein el significado no está dado por un referente, sino por el uso, el contexto lingüístico.

Por su parte, Michel Foucault niega la posibilidad de que el sujeto pueda otorgar sentido al discurso. En su análisis discursivo, el sujeto es desplazado constantemente, proyectado a una agonía perenne. Por discurso, Foucault no entiende una simple actualización verbal, sino “un conjunto de enunciados que dependen de un mismo sistema de formación” (2010: 141). El sistema de formación es un complejo de relaciones que funcionan como reglas. Las formaciones discursivas no se transforman totalmente en su estructura cuando dan paso a los discursos. En ellas hay vacíos, límites, recortes; no son una totalidad uniforme, sino una dispersión de enunciados. El discurso se constituye en las formaciones discursivas y cobra poder en el sujeto que lo hace objeto de deseo. Deseo y poder lo insertan en la ‘voluntad de verdad’, la cual controla, selecciona y redistribuye la producción discursiva. Los grandes procedimientos que han caracterizado los límites de la actividad discursiva, motivados por el deseo y el poder, son la exclusión —lo prohibido—, la separación, el rechazo y la voluntad de verdad. No todo se puede decir, no todo está permitido decirlo y no cualquiera puede hacerlo. El segundo grupo de control es el ‘acontecimiento y el azar’, en el que intervienen el comentario, el autor y la disciplina. El comentario busca sacar a luz un sentido oculto, que no ha sido dicho en el texto; el autor cobra relevancia porque reúne discursos en su texto, es el foco de nuevos comentarios; por último, la disciplina echa mano del comentario, pero no para develar un sentido, es el sentido tal y como aparece lo que utiliza para crear nuevas proposiciones, para formular algo nuevo. En general, la disciplina se caracteriza por trabajar con un grupo de objetos concretos, métodos y proposiciones verdaderas. Toda proposición que no sea verificable es falsa. Finalmente, el tercer grupo de control discursivo es la ‘condición de utilidad’: sociedades discursivas, rituales de habla, grupos doctrinales y las adecuaciones sociales.

Las reglas de formación que materializan un discurso no determinan, de una vez por todas, la formación específica de los enunciados u

objetos, por el contrario, son el principio por el cual éstos se transforman, se repiten y se dispersan indefinidamente. No obstante, la relación o exclusión entre los mismos objetos no se da por sus características intrínsecas, sino por los discursos que circulan en las instituciones, en los procesos económicos, sociales, en las normas y técnicas.

Las formaciones discursivas no son eternas, sólo permiten una regularidad discursiva temporalmente para hablar de tal objeto o concepto, de una transformación o una correlación. De tal modo, la arqueología sólo recurre a la supuesta continuidad de la historia para señalar el momento de nacimiento y la ruptura de un discurso determinado. En la fractura no hay continuidad, no hay tiempo ni devenir. Señalar las escisiones de un discurso con su época impide, con mayor razón, remitirlo a un origen para analizarlo, en virtud de que obedece a leyes de transformación propias de su naturaleza. Para analizar una práctica discursiva⁸ vigente se debe tener en cuenta su acumulación discursiva y no tratar de superar las diferencias, sino analizarlas y describirlas. Describir es remitir las prácticas discursivas, las positividades, las esencias a las formaciones discursivas que les han dado luz para saber cómo han surgido, y por qué ocurren en cierto tiempo y espacio. Por ello, Foucault no está de acuerdo en describir la obra a partir de los acontecimientos discursivos psicologistas.⁹ Tales enunciados apelan a un sujeto fundador, a un garante del discurso. Pensar en qué quiso decir el autor, cuál era su intencionalidad o estado anímico, es colocarlo en el centro del conocimiento. El análisis enunciativo sólo es posible en un lenguaje efectivo —dicho, expresado—. No busca ‘desocultar’, interpretar, decir lo que no dice lo enunciado, sino describir cómo ha sido posible decir eso que se dice. Los enunciados están en estrecha correlación con las formaciones discursivas, ya que de éstos depende su existencia. A su vez, todo enunciado es producto de cierta regularidad discursiva. No son inventados, su configuración se da en el interior del discurso mismo. Una frase no pertenece a la formación discursiva, sino a un texto.

8 Sistema de reglas históricas que se entrecruzan, se limitan, se recortan, se transforman en un tiempo específico y determinan el movimiento enunciativo.

9 En los siglos XVII y XVIII, su incansable afán por dar cuenta del sujeto-autor dio lugar a dos proposiciones: 1) la función del autor es crear, inventar un nuevo campo discursivo, y 2) que una obra tenga como fundamento a un autor remite a la fecha en que lo escribió: qué estaba pensando, cuál era su estado anímico, por qué lo escribió, etc.

Para analizar un discurso y dar cuenta de todos los elementos que lo constituyen es necesario sustituir la creación por el acontecimiento, la unidad por la serie, la originalidad por la regularidad y, por último, la significación por la condición de posibilidad. En el acontecimiento, el sujeto no crea ni funda el discurso. Éste se forma por un recorte, por un tras-tocamiento discursivo. La serie da cuenta de la discontinuidad intrínseca a todo discurso, señala el entrecruzamiento, la fractura, la oposición, el límite entre prácticas discursivas. La serie remarca la falta de unidad, de continuidad. Por su parte, la regularidad hace notar que el discurso se ha formado por cierta violencia ejercida en las cosas y no por un origen lejano y vacío. Por último, la condición de posibilidad discursiva se remite a una exterioridad, es decir, a las formaciones discursivas que dan motivo a los acontecimientos. El análisis foucaultiano de los discursos rechaza tajantemente la conciencia de sí y la continuidad como bases para el análisis discursivo.

Teniendo como antecedente las propuestas de Ricoeur y de Foucault en relación con el discurso, se pueden establecer algunas distinciones: para Ricoeur la vuelta al sujeto y la comprensión de sí y de su mundo ha de darse en la medida en que el sujeto suspenda la forma particular de concebir su realidad y se abra al mundo del discurso, del texto o de la obra que tiene frente a sí para interpretarlas desde su propio contexto. Tenemos, por un lado, que para el autor de *Sí mismo como otro*, el sujeto hermeneuta comporta una singularidad fundamental para comprender su mundo, su vida; a través del horizonte interpretativo se re-hace y se re-constituye como sujeto autónomo y trascendental. Por otro lado, Ricoeur no está de acuerdo con la hermenéutica romántica, ya que ésta apela al elemento psicologista para dar sentido al discurso. Asimismo, Ricoeur tuvo una inminente necesidad por distinguir la semiótica de la semántica, aunque no las excluyó, en virtud de que las ciencias de la oración y del sentido posibilitan que la ciencia del signo tenga una existencia real. Así, la dialéctica del acontecimiento y del sentido remiten a un 'estar en el mundo', teniendo como fundamento ontológico al sujeto parlante. Éste se dirige al discurso intencionalmente y lo dota de sentido. Se convierte en el garante del conocimiento. En este aspecto, Foucault difiere de Ricoeur al sostener que no hay un garante de conocimiento. La constitución del sujeto depende, única y exclusivamente, de las prácticas discursivas.

Un autor es un campo discursivo, pero no fundador o inventor de lo que dice. En todo caso, es un instaurador de discursos a partir de la transformación, del recorte, del entrecruzamiento o de la originalidad discursiva que realiza. La obra, el discurso, debe analizarse en los juegos discursivos que permiten su existencia material y no en el autor porque éste no cesa de desaparecer en la escritura. Pero, ¿qué le hizo pensar al filósofo de Poitiers que el discurso por sí mismo es portador de realidad? Para que la palabra conceda existencia al mundo necesita del concurso del sujeto, quien determina y hace efectivas las cosas. Si no fuera tal el caso, ¿para qué pensar de otro modo?, ¿cuál sería la razón de pensar?, ¿acaso el discurso por sí mismo tiene vida y piensa? Éstas son algunas interrogantes que se desprenden de la lectura de Foucault. Prácticas discursivas que se transforman por sí mismas y que, de acuerdo con ellas, el sujeto y las cosas devienen históricamente. Aunque el discurso desborda, trasciende la realidad, es la vida la que se coloca por encima de toda posibilidad de ser. Cada modo de estar en el mundo y de experimentarlo es una manifestación del hombre que vive y que utiliza discursos verdaderos para dar respuesta a los acontecimientos que se le presentan día a día. LC

REFERENCIAS

- Foucault, Michel (2010), *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI Editores.
- Ricoeur, Paul (1995), *Teoría de la interpretación*, México, Siglo XXI Editores.
- Ricoeur, Paul (2009), *Tiempo y narración*, México, Siglo XXI Editores.
- MARCO ANTONIO MIRAMÓN VILCHIS. Maestro en Humanidades: Filosofía Contemporánea, por la Universidad Autónoma del Estado de México. Ha publicado diversos artículos de divulgación filosófica en el suplemento cultural del diario *Ocho Columnas* y en la revista *Encuesta*. Participó como analista literario en el programa *Voces sin Secretos* de Radio Mexiquense. Ha impartido clases en la Universidad del Valle de México y en el Instituto Universitario del Estado de México.